

EL LIBANO Y SU OTRA CUESTION DEL PROXIMO ORIENTE

Aunque desde el año 1967 hasta nuestros días los problemas del Próximo Oriente como zona geopolítica mundial, y los del denominado «Mundo árabe» como conjunto de Estados y pueblos vinculados por el idioma, vienen estando dominados por las consecuencias y las repercusiones de lo que erróneamente se llamó «guerra de los seis días», las verdaderas realidades, profundamente permanentes, escapan a ese enfoque. Algunas de las causas más graves del desequilibrio que se nota en la información sobre lo actual próximo-oriental general proceden de las características peculiares de dicho Próximo Oriente en lo físico y lo humano. Ante todo porque si contemporáneamente las regiones de lo que los anglosajones conocen como «Middle East» y «Mideast» desde la segunda guerra mundial, vienen observándose y comentándose, sobre todo en vista de las presiones que allí ejercen las grandes potencias en pro de sus intereses divergentes, pocas veces se atiende a lo que significan los países de dichas regiones. Dichos países no sólo destacan como piezas de la actualidad mundial de última hora. También siguen siendo el «Antiguo Oriente» de la Historia Universal. Y allí los restos étnicos-culturales-sociales del más remoto pasado suelen seguir vivos y latentes por debajo de las circunstancias casuales de nuestro siglo xx.

La principal característica de la coexistencia de lo antiquísimo con lo cotidiano está en que el Próximo Oriente siempre ha constituido un sector mundial donde las solidaridades de los núcleos hereditarios (de tribus, clanes, agrupaciones de *jus-sanguinis*, comunidades religiosas cerradas, etc.), han predominado sobre los conceptos de unos nacionalismos definidos sólo por líneas de fronteras. Hoy las nacionalidades que se determinan en los pasaportes tienden a coexistir con los anteriores «patriotismos comunales». Así, por ejemplo, limitándose al grupo de los países próximo-orientales árabes o arabizados, se comprueba que en ellos perduran restos numerosos y vivientes de pueblos de la antigüedad clásica. Hoy quedan varios millones

de descendientes de los egipcio-faraónicos, los caldeos, los medos, etc. Así como de las grandes *fratrias* beduinas desérticas que ya existían en los tiempos de La Meca que vio nacer al Islam.

En el Líbano se encuentra el punto más característico de estos confusos y paradójicos dualismos. La actual República libanesa (*Al Gumhuriya al Lubnaniya*) ocupa aproximadamente el sitio y el territorio de la famosa Fenicia, que, a pesar de ser minúscula y estar abierta por todas partes, mantenía el equilibrio entre los poderosos Estados vecinos; gracias a su carácter en encrucijada comercial necesaria para unos y otros. Otras veces ocurrió que el Líbano quedó incluido dentro de grandes imperios de tendencias universalistas, como el romano, el bizantino o los jefatos árabe-islámicos. Pero las condiciones locales libanesas hacían que aquel sitio funcionase de modo más o menos autónomo. Como, por ejemplo, ocurría en los últimos tiempos del sultanato turco de Estambul. El sistema de la autonomía fue ampliado y extendido bajo el mandato francés, que duró desde 1920 hasta 1946. Después el Líbano llegó a ser una república parlamentaria independiente.

Respecto al funcionamiento del régimen, su base principal está en la Constitución, que fue establecida el 23 de mayo de 1926 (varias veces enmendada: en 1927, 1929, 1943 y 1947). El jefe del Estado es elegido por el Parlamento para seis años, y no puede ser reelegido. El presidente de la República designa al jefe del Gobierno con el consentimiento de dicho Parlamento (Cámara de Diputados). Por otra parte, el presidente puede asumir todos los poderes en caso de urgencia. El Parlamento se elige por sufragio universal y consta de noventa y nueve diputados, renovándose cada cuatro años.

Existen, sin embargo, enormes diferencias entre el sistema constitucional libanés y los de cualquier otra parte (aunque en ciertos detalles técnicos del funcionamiento se inspire en normas francesas). La principal diferencia es que allí los escaños no se conceden ni se ocupan según los votos que obtengan los partidos políticos, sino por una proporción fija establecida según un reparto entre diversas comunidades religiosas. En general, el cálculo teórico que sirve de base es el de estimar que los electores están en proporción de un 53 por 100 perteneciente a formas religiosas cristianas, 46 por 100 perteneciente a formas musulmanas y un 1 por 100 perteneciente a «minorías varias».

La exposición detallada de la distribución de los puestos en la Cámara resulta un antecedente indispensable. Entre los cristianos, treinta diputados son católicos de rito maronita; once son ortodoxos de forma griega (aunque árabes de raza); seis son los melkitas, o sea árabes de rito griego pero católicos; cuatro son armenios de raza y de cristianismo monofisita; un armenio más es católico, y hay un católico latino.

Entre los diputados musulmanes, veinte pertenecen a la Sunna (es decir, al Islám oficial legal, que predomina en casi todos los países islámicos, como Arabia, Siria, Marruecos, Argelia, Egipto, Turquía, etc.); otros diecinueve son chi-itas (o sea, el rito que es oficial en el Irán y existe suelto en otras partes); seis son drusos, es decir, una secta de Líbano, Siria y Palestina. En cuanto al último puesto (el único de «varios»), pudiera ser para un judío, por ejemplo.

En general, la legalidad libanesa no concibe que pueda permitirse ser diputado a un ateo (aunque en la práctica esta regla falla algunas veces).

En los más altos cargos del Estado la religión es también un factor determinante. Así el presidente de la República ha de ser católico de rito maronita; el jefe del Gobierno musulmán, sunnita; el presidente del Parlamento, un chi-ita, y así sucesivamente. Los ministros pueden de distintas confesiones, aunque hay tendencia a que la mitad sean de grupos cristianos y la mitad de grupos musulmanes. En algunos servicios oficiales (por ejemplo, puestos burocráticos) suele ser frecuente tener en cuenta el confesionalismo, según un tanto por ciento en los accesos a los empleos.

Sin embargo, el confesionalismo oficial y constitucional no debe inducir a las creencias de que las divisiones y subdivisiones provocan rencores entre unos y otros sectores religiosos y religioso-sociales; pues precisamente los libaneses suelen ser asombrosamente tolerantes. Las mezclas no producen choques, sino que contribuyen a que el Líbano merezca ser calificado como «país-puente» en los más diversos sentidos. Por ejemplo, suele decirse que el Líbano constituye el más destacado sector de transición entre lo cristiano y lo islámico; afirmación que vale sobre todo como principio espiritual teórico. En el sentido de la política internacional es más frecuente alegar que con un ojo el Líbano mira hacia los países europeos de formación neolatina (sobre todo Francia y España) y con el otro ojo hacia todo el Oriente de formación musulmana. En cuanto al conjunto de la masa de los libaneses se dice de ellos que son a la vez los más reconcentrados y los más

cosmopolitas; lo primero, por el enorme tradicionalismo de los usos consuetudinarios comarcales, y lo segundo, porque fuera del Líbano habitan y actúan casi tantos libaneses como dentro.

Todas estas definiciones terminantes, que se empeñan en partir a los libaneses entre sus dualismos, resultan, sin embargo, bastante exageradas en la práctica sobre el terreno. Por ejemplo, sobre lo religioso los prejuicios de los comentarios hechos desde lejos respecto a supuestos «fanatismos» se desmienten observando que han sido dirigentes de las confesiones religiosas los que más se han distinguido en defender y acentuar el predominio del laicismo en lo estatal; dejando a las comunidades sus competencias en lo espiritual y en los estatutos familiares. Tampoco puede olvidarse que en ocasión de unos disturbios que hubo el año 1958 el gran patriarca católico maronita intervino para frenar las impacencias de ciertos elementos de su propio sector.

En general, ni las comunidades manejan al Estado ni éste maneja a las comunidades, sino que se ha establecido algo que puede calificarse como un «sistema de compensaciones». Dichas compensaciones obran también en el desarrollo de la política interna. Por ejemplo, en las elecciones los votos de los poblados en el campo y de las barriadas en las ciudades, suelen obtenerse en bloque, según las normas que marquen unos jefecillos, a veces hereditarios en ciertos clanes. Es un caciquismo cantonal, que reparte el país en infinitos sectores de influencia de muchos «notables». En la Cámara de Diputados uno de los efectos más directos de dicho caciquismo es el de que nunca puede existir un partido mayoritario. Otro es que los problemas planteados en la Cámara muchas veces han de resolverse fuera de ella. A través de conferencias privadas entre los referidos «notables».

En los dualismos referentes a lo internacional, el factor más saliente es el ya citado de que una parte enorme de los libaneses residan fuera del país, pero sin perder nunca los lazos con dicho país de origen. Se marchan y vuelven, emigran y se repatrian; giran, oscilan y hacen refluir sus ganancias hacia el país libanés, que actúa como eje, y como punto de partida para nuevos cambios y distribuciones. Siendo muy importante el dato de que entre los libaneses de la emigración predominan los que se dedican a actividades comerciales y a las culturales en sentido muy intenso; como, por ejemplo, lo demuestra el que desde el siglo XIX los más importantes periódicos y revistas del mundo árabe entero hayan venido siendo fundadas,

dirigidas o impulsadas por los libaneses. Todo ello recuerda que el Líbano de hoy sigue siendo un poco la vieja Fenicia, que inventó el comercio y el alfabeto.

Según los más recientes datos estadísticos, el Líbano tenía en 1968 un total de 2.825.000 habitantes libaneses. A ellos había que añadir 164.000 refugiados palestinos. En total daban la cifra de 2.989.000 personas residentes dentro de las fronteras de la República libanesa. Fuera del Líbano los emigrados son 1.950.000. De éstos conservan pasaporte libanés aproximadamente 1.140.000. El resto figura como ciudadanos de los países donde residen o nacieron (sobre todo en países de América), pero siguen viviendo al lado de los que siguen siendo libaneses, y uniéndose por matrimonios. Todos ellos tienen como mayor vinculación al Líbano. Mediante unas concentraciones que suelen celebrarse en Beirut cada verano, y unos congresos periódicos de emigrados que integran la organización «Unión Libanesa Mundial». Cuyo último congreso en agosto de 1971 fue presidido por el licenciado don José Kamal, de Méjico.

Los núcleos más densos entre el libanismo exterior son los de los 400.000 de los Estados Unidos; 305.000 del Brasil; 170.000 de la Argentina; 60.000 de Africa del Sur; 40.000 de Méjico. Otros núcleos importantes en Canadá, Colombia, Venezuela, Uruguay, Francia, Egipto, etc. La acción de esos emigrados, tanto como el papel de *plaque tournante* del Próximo Oriente, hace que en la vida corriente del Líbano, a la vez que el idioma árabe, se utilicen el francés, el inglés, el español y el portugués. En lo cultural no puede dejarse de destacar que en Beirut hay cuatro universidades. La de los jesuitas; que es San José; la llamada «Universidad americana»; la llamada «Universidad árabe», y la Universidad oficial del Estado libanés. Sin olvidar que Beirut es el principal centro editorial de libros árabes y la sede regional de la Unesco en el Cercano Oriente.

El internacionalismo, el pluriconfesionalismo, el culturalismo múltiple y el predominio de lo económico en las actividades de los libaneses han hecho que al país, que tiene su capital en Beirut se le califique con frecuencia como «Suiza del Próximo Oriente». Puede justificarse esa denominación si se ve que el Líbano (como Suiza) es de hecho neutro o casi neutro, cuando se encuentra rodeado por zonas de conflictos. También recuerda algo a Suiza el hecho turístico de que el principal motivo de atracción del Líbano sobre los países vecinos (calientes y con zonas esteparias) es el hecho de que el Líbano tenga montañas con nieve y deportes de invierno. Aunque más sig-

nificativo es el dato de que en el Líbano se manejen y depositen, afluyen y se cambien grandes cantidades de dinero de todo el mundo. En Beirut funcionan 165 bancos diferentes. Sobre puertos libaneses desembocan dos grandes oleoductos por donde salen petróleos del Iraq y Arabia Saudita. Así muchos intereses mundiales se juntan para desear que el Líbano esté siempre en paz y seguridad.

Las incursiones realizadas por fuerzas armadas israelíes dentro del suelo libanés han llegado a representar una amenaza directa y latente contra esa paz y esa tranquilidad. Las más destacadas fueron el golpe de mano contra el aeropuerto de Beirut en diciembre de 1968; una incursión militar el 12 de mayo de 1970, y el ataque general de otras fuerzas armadas israelíes contra los campamentos de los palestinos concentrados dentro del extremo sudeste del país libanés, en febrero del corriente año 1972. En las tres ocasiones el Líbano contó con las simpatías, las protestas y otras reacciones favorables, tanto en la ONU como en los círculos políticos de ciertas potencias que no han mostrado nunca el mismo interés en favor de otros Estados arábigos. Ni siquiera en favor del mismo desgraciado pueblo palestino.

En las tres ocasiones de 1968, 1970 y 1972 hubo resoluciones del Consejo de Seguridad contra las acciones bélicas de Israel. La resolución de 1968 fue la más extensa porque tuvo cuatro puntos. Estos eran una condena por acción militar injusta y premeditada, con violación de la Carta de la ONU; una consideración de que tales actos ponen en peligro el mantenimiento de la paz; una solemne advertencia a Israel de que el Consejo de Seguridad podría tomar posteriormente medidas, y una consideración de que el Líbano debería ser indemnizado. Las resoluciones de 1970 y 1972 fueron más concisas, pues se limitaban a exigir que las tropas israelíes se retirasen inmediatamente. Después de la resolución del 29 de febrero pasado, las tropas israelíes se marcharon al día siguiente, a la vez que fuerzas armadas libanesas entraban en los sectores evacuados.

Tanto en 1968 como en 1972 la solidaridad expresada hacia el Líbano por los gobernantes franceses ha constituido un factor activo y permanente. En 1968 la indignación de De Gaulle fue la causa de que el Gobierno francés prohibiese toda clase de envíos de material militar desde Francia a Israel. En febrero del año actual fue el representante francés en el Consejo de Seguridad, Jacques Kosciusko-Morizet, quien hizo una extensa declaración insistiendo en que Francia se siente directamente unida a la causa de la integridad, la soberanía y la independencia libanesa.

Otro apoyo sin reservas proclamado en favor del Líbano, con ocasión de los sucesos de febrero, fue el de Su Santidad el Papa Pablo VI, transmitido al primer ministro libanés, Saeb Salem, por el nuncio en Beirut. Aunque el Vaticano no posea medios de acción militares ni políticos, su apoyo moral produjo gran impresión.

Entre tanto, la vida interna de la nación del Líbano comenzó a verse alterada durante 1970, aceleró su alteración en febrero de este año y podría iniciar unos cambios totales según el resultado de las elecciones parlamentarias celebradas en abril.

Inicialmente fue evidente que el estilo de lujo y especulaciones con diversiones y negocios entre equilibrios y compromisos que caracterizaba la vida del país desde su independencia, fue pareciendo absurdo después del incidente del aeropuerto de Beirut, pues lo efectista y absurdo de aquel episodio pelucesco de un golpe de mano israelí en pleno día, demostró la total ineficacia de los supuestos mecanismos libaneses de protección y defensa. Entre enero y mayo del mismo 1970, los estudiantes de todas las universidades de Beirut realizaron actos conjuntos de «protesta contra las inercias gubernamentales». Dichos estudiantes reclamaban además la instauración en su país del servicio militar obligatorio. Pues hasta ahora no hay allí verdadero ejército, sino solamente una especie de gendarmería, con sólo 12.000 hombres profesionales.

La irrupción del pasado febrero, en la que las tropas israelíes sólo fueron contrarrestadas en parte por grupos de guerrilleros palestinos, ha exarcebado la oposición interna libanesa de grandes núcleos de jóvenes, que ya no claman sólo contra la indefensión, sino contra el llamado «feudalismo económico» de los grupos familiares de presión. También reclaman «un Líbano igual para todos los libaneses», es decir, con abolición de las barreras comunales.

Ante las elecciones de abril, el panorama electoral previo se ha polarizado en torno a un «sector estático» que pretende continuar y reforzar el régimen de la «constelación de grupos»; y de un «sector dinámico» que quiere unas elecciones abiertas en las cuales puedan predominar los votos individuales. El sector estático se agrupa en torno a tres partidos; o sea, el Partido Nacional Liberal (PLN) del ex presidente de la República Camille Chamún; el Partido Kataeb (llamado también Falanges libanesas) de Pierre Guemayel, y el BN o Bloque Nacional de Raymond Eddé (aunque Eddé

dudaba a última hora entre seguir con los anteriores (que son más netamente «conservadores»), o irse con el contrario sector de los reformistas.

Estos reformistas (que se llaman a sí mismos «progresistas») se han estado agrupando en torno a dos figuras principales: son las Ráchid Karam y Yamal Yumblat. El primero es uno de los hombres más ricos del Líbano, pero destacó como una de las figuras cumbres de un levantamiento populista en 1958, y después ha presidido gobiernos de coalición. En cuanto a Yumblat, jefe del Partido Socialista Progresista (de tendencias panarábigas), es también uno de los principales jefes naturales del sector islámico de los drusos (en el cual el otro gran jefe es Mayid Arslán). Ambos jefes podrían colaborar en las elecciones.

Hay otros grupos políticos sueltos, como el partido armenio de los Tachnag, que tienden hacia el sector de Chamun, y acaso de los Kataeb. Hay los comunistas, que podrían colaborar con Yumblat y Karam. Lo mismo podría hacer el partido llamado «Dustur» («Constitución»), fundado por un hijo del que fue primer jefe del Estado después de la independencia, o sea Bechara el Jury.

Los comunistas no forman un núcleo públicamente tolerado, pues son uno de los tres llamados «partidos prohibidos» que no tienen existencia legal, pero cuentan con muchos adeptos sueltos. Otro de los prohibidos es una sección libanesa de la rama del Partido Socialista Panárabe Baaz, que tiene su cabecera en Damasco. El tercero reúne a los restos del PPS o Partido del Pueblo Sirio, que en otro tiempo aspiró a crear una «Gran Siria» fundiendo a Siria con el Líbano y Jordania, y que se inspiraba en formas fascistas de estilo mussoliniano.

En cuanto al resultado de las elecciones, todos los pronósticos coinciden en afirmar que serán más movidas que las anteriores, porque en ellas votarán más de cien mil nuevos electores jóvenes, que en gran parte proceden de las «masas impacientes». La cuestión esencial es saber si el Gobierno se abstendrá de presionar sobre los escrutinios (como temen Karam, Yumblat y los suyos). Aunque el presidente de la República, Suleiman Frangieh, y el primer ministro, Saeb Salem, han asegurado que habría libertad de votos.

A última hora es posible que el futuro parlamento no será tan renovador como se espera, puesto que sobre el Estado libanés siguen pesando en primer término las presiones económicas de carácter internacional. Pero en todo caso se espera un nuevo paso adelante de quienes se proclaman futu-

EL LÍBANO Y SU OTRA CUESTIÓN DEL PRÓXIMO ORIENTE

ristas, sobre quienes se empeñan en seguir siendo inmovilistas. La tesis principal de los primeros es que el Líbano no debe seguir confiando su destino a las simpatías de las potencias lejanas y la benevolencia de los organismos mundiales, sino que debe integrarse, cada vez más eficazmente, en las hermandades regionales de los países de estructuras árabes e intereses árabes.

RODOLFO GIL BENUMEYA

